

ANA ABRAMOWSKI Y SANTIAGO CANEVARO
(COMPS.).

*Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales
y las humanidades.*

Los Polvorines (Buenos Aires): Editorial Universidad Nacional General Sarmiento, 2017, 314 páginas.

Los quince artículos agrupados en *Pensar los afectos* ponen en discusión problemas no siempre atendidos por las ciencias sociales o las humanidades. Esta es la primera denuncia de sus autoras y autores, quienes, en su mayoría, dialogan con colegas que se adscriben en el “giro afectivo”. Esta compilación cubre, gracias a la divergencia de perspectivas disciplinares y analíticas, una amplia y diversa manera de aproximarse a los *afectos*.

Como bien señalan los compiladores, los autores clásicos del pensamiento social (Marx, Weber, Durkheim, Simmel) introdujeron cuestiones que estarían en la órbita de este giro. Mientras leía una y otra vez, no podía dejar de pensar en los *sentidos mentados* que orientan las acciones sociales: “acción racional con arreglo a valores...”. ¿Qué nos moviliza? ¿Qué hay de las pulsiones vitales que lleva a que los sujetos sociales tomen una determinada orientación y no otra? ¿En qué orden se encuentra hacer de una enfermedad (VIH, epilepsia, cáncer, y cientos de otras enfermedades) la razón para luchar y convertirla en el motivo de un activismo social? ¿Cuántas veces eso que me “pasa a mí”, como meramente individual, se enlaza con un movimiento social? Y, también, ¿cómo

estos movimientos, a su vez, producen reivindicaciones y luchas que trascienden las fronteras nacionales? Esas preguntas reverberaron obstinadamente en la lectura del libro. El artículo de Cecilia Macón podría responder, dado que su inquietud ronda en torno a la transformación de lo “privado” en “público”, cuestión discutida en la teoría feminista y que se convierte en el nudo de su problematización, las formas de concebir agencia y la agencia de la resiliencia.

Pensar los afectos pone en evidencia la manera en que estos, si lo consideramos como una dimensión social, atraviesan todos los aspectos de la vida humana: economía, política, trabajo, relaciones amorosas, militancia, arte, entre otros. Independientemente de que se pueda trazar una genealogía de autores que han teorizado sobre las emociones y los afectos, importa destacar el interés político y académico que supone atender a estos asuntos. Cuando decimos “este aspecto será abordado en futuras investigaciones” o “este asunto merece una mayor problematización que debido al recorte escogido no podremos abordar en esta oportunidad”, delimitamos lo que nos resulta “relevante” o estratégico en términos de trayectoria académica, o según los lineamientos generales

del contexto de pesquisa en el que estamos insertos. Cada una de esas dimensiones implica, como dije, opciones políticas y resultan también políticas de la investigación. Algo que en nuestro contexto nacional resulta cada día más restringido.

Pensar los afectos es tomar postura en torno a qué y cómo investigar. Así como existen temas que parecen “más políticos que otros”, parecería que estudiar estas cuestiones no resulta de interés para cualquier investigador o investigadora. Parafraseando a Judith Butler, deberíamos preguntarnos cuánto hay todavía de falogocentrismo en los temas que escogemos y quiénes cuentan legítimamente con la autorización para estudiarlos, o bien cómo se producen esas legitimidades, cómo construir conocimiento que no pueda ser comprendido por las normas hechas *habitus* en el campo académico. Sin que esta sea una proposición explícita del libro, podemos tomarlo como una indagación epistemológica que puede sugerirnos su lectura.

Si bien, como señalan Abramowski y Canevaro acerca del “carácter menor que ha tenido la indagación de la vida emocional en el ámbito de la producción teórica y la investigación social” (p. 17), hoy el interés por estos temas ha aumentado y lo notamos en un libro que reúne un conjunto de trabajos de distintas tradiciones disciplinares que muestra cómo las emociones y los afectos resultan plausibles de tornarse objeto de conocimiento. *Pensar los afectos* tiene como punto de dispersión el carácter cultural y socialmente construido

de las experiencias afectivas. El libro busca indagar las porosidades, las ambivalencias, las contradicciones de los vínculos sociales, las maneras en que se construyen sensibilidades y se generan sociabilidades. Lo anterior, no para clasificar o despejar lo emocional, sino para describir y problematizarlo, para mostrar cómo permea las relaciones sociales, aun cuando se crea que otras racionalidades o valores constituyen la economía, la política, la historia, el trabajo, el arte. Para los organizadores también se trata de comprender la importancia de las emociones en la acción social que, desde el giro afectivo, implicaría advertir tanto en la agencia como en la inacción.

El libro es el resultado de discusiones del II Simposio “Pensar los afectos. Humanidades y Ciencias Sociales ante un desafío común” (Buenos Aires, 2014), con participantes de Flacso, la Universidad Nacional General Sarmiento, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Autónoma de México. En él se manifiesta la construcción colectiva de conocimiento sostenida en el diálogo, en las redes sociales y afectivas que le dan soporte, en las redes interinstitucionales y en el esfuerzo de generar políticas de y para el conocimiento.

El trabajo de Abramowski y Canevaro se compone de cinco apartados de tres artículos cada uno y reúne a dieciséis autores. El artículo de Isabella Cocce abre el primer grupo de trabajos acerca de los afectos y la política. La autora examina la coerción social entre los grupos armados de

la Argentina durante los años setenta en la última dictadura militar, en relación con los modos de experimentar el amor, el deseo, la sexualidad y los vínculos erótico-afectivos. Su análisis se orienta al cruce entre “moral sexual, crisis pasionales y militancia en las organizaciones armadas” (p. 30) que configuró las emociones entre las personas, además de elaborar un ideal en torno a la “lealtad política”. Cuidar los afectos y la vida amorosa de los miembros de las organizaciones armadas, principalmente entre sus líderes, era también cuidar los efectos políticos de las elecciones afectivas.

En seguida, Daniela Losiggio aborda de un modo filosófico la relación entre afectos y política, y expone lo que entiende por *giro afectivo*: los vínculos entre afectos, conceptos (políticos, estéticos, éticos) y fenómenos sociales (p. 49). Losiggio busca mostrar cómo el giro afectivo ha potenciado afectos llamados “negativos”, cuya dimensión positiva se realiza cuando producen acción y pensamientos. Su análisis distingue entre una teoría política-ética de los afectos y una moralista.

En el tercer artículo que compone este segmento, Natalia Tacetta apuesta, a partir del análisis de dos fotógrafos (Lucila Quiero y Gustavo Germano) de la posdictadura en la Argentina, a construir una política estética del afecto que no redunde en la relación arte y memoria solamente, sino que analice cómo el arte permite acceder a experiencias vinculadas a la pérdida en culturas postraumáticas y cómo hacer de ello una aproximación estética a la política.

El segundo apartado del volumen, *Trabajo doméstico y cuidado: pasado y presente*, tiene como denominador común los valores y los sentimientos que juegan en las relaciones laborales y en el servicio doméstico, muchas veces considerados en este campo de estudio como dimensiones secundarias. De este modo, Marina Ariza, a partir de un trabajo comparativo de mujeres inmigrantes en Madrid y Nueva York, transforma al “orgullo” y la “vergüenza” en categorías analíticas que le permiten comprender la acción social, aproximarse a las dinámicas de las relaciones sociales en el contexto del trabajo doméstico y comprender la migración como un proceso social.

Desde una mirada sociohistórica, Cecilia Allemandi indaga el rol de las “amas de leche” a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Allemandi se distancia de toda naturalización del binomio madre-hijo para mostrar cómo determinadas mujeres en la ciudad de Buenos Aires ofrecían su cuerpo como servicio asalariado de amamantamiento y sus variaciones según la clase social de sus contratantes. La autora señala las dificultades económicas y las precarias condiciones del mercado laboral que incidieron en la subsistencia de sus familias. Esta dinámica de cuidado y servicio también permite a la autora conocer acerca de los sectores populares y las políticas institucionales vinculadas a la familia, la infancia y el rol de las entidades de beneficencia de aquella época.

Santiago Canevaro, por su parte, explora las consecuencias de la sanción de una

nueva ley (2013) que reglamenta el trabajo de las empleadas domésticas, otorgándoles derechos y regulando los contratos de trabajo. Para ello indaga en las relaciones establecidas en los sectores medios de la ciudad de Buenos Aires. Su trabajo muestra la rica trama derivada de los conflictos generados por la utilización de dicha ley y el quebrantamiento que generaba en las relaciones interpersonales y afectivas sostenidas en la esfera cotidiana, vivida como un espacio “afectivizado” por ser “hogar”. Entre hogar y trabajo, Canevaro consigue indagar en las complejidades de sentidos que se entrecruzan al confluir relaciones laborales, actividades económicas, códigos legales, universos morales y sentimientos de cariño que puedan existir entre los sujetos involucrados.

El tercer apartado del libro, *Trabajo, entre la profesionalización y la vocación*, da continuidad al segmento anterior en la medida que explora otras dimensiones del trabajo asalariado. Ania Tizziani toma como eje de análisis una política pública de empleo para empleadas domésticas en el área metropolitana de Buenos Aires. El programa estudiado se basaba en un conjunto de capacitaciones orientadas a “jerarquizar” y “profesionalizar” la ocupación. La autora propone que dichas capacitaciones eran “tecnologías afectivas” que movilizaban las emociones, la intimidad, los afectos y ponía en evidencia la carga de trabajo emocional de estas actividades. Se trataba de espacios pedagógicos que buscaban “modelar y redirigir las capacidades afectivas de

la fuerza de trabajo” (p. 146), procurando que las participantes aprendieran a gestionar sus emociones; también se convirtieron en espacios de sociabilidad donde se construyeron solidaridades, se expresaron demandas y las dificultades en relación con su inserción laboral.

Francisca Pereyra, por su parte, en su trabajo de campo con enfermeros y enfermeras de distintas instituciones revela la coexistencia de valores asociados a la profesión. Muestra, por un lado, las maneras como lo “instintivo” y lo “maternal” se asocian al universo femenino y a ciertos estereotipos de género y, por otro, la necesidad de profesionalizar el cuidado, también asociado a ciertas representaciones de clase en su valorización social y económica.

Pedro Blois presenta los imperativos que circulan en el proceso de profesionalización y las contradicciones propias de dicho proceso: constituirse en un sociólogo “ideal” y cuando se “trabaja” según las demandas laborales. Entra en contradicción lo aprendido en la práctica universitaria, el tránsito por la carrera en la UBA, de lo aprendido como deber ser del sociólogo de vocación con otro modo muy distinto, al trabajar como sociólogo. Las contradicciones se manifiestan cuando las demandas del mercado de trabajo y las posibilidades de inserción laboral se tornan reales.

Géneros y afectos: amor, maternidad y sexualidad, la cuarta sección, por un lado, reúne trabajos deudores de la teoría feminista y los estudios de género que cuestionan la dimensión afectiva como “na-

tural” o “femenina”. Estos artículos avanzan sobre el amor romántico, repensando las identidades de géneros politizadas y las sexualidades disidentes. En el primero de ese conjunto, Olivia Sánchez López y Edith Flores Pérez se preguntan cómo se ha construido un guión cultural que diferencia los sentimientos de varones y mujeres, así como las implicaciones “naturalmente” atribuidas a cada uno de ellos. Cecilia Macón, como ya he mencionado, indaga por los sentidos de la agencia, principalmente para cuestionar la politización de la maternidad y para ello analiza una serie de fotografías de Adriana Lestido. Su principal interés es contraponer una teoría de agencia que tiene como contrapunto a la resistencia, a otra que concibe a la resiliencia como modalidad de acción política y de agenciamiento. Mariela Solana indaga, a partir de los textos de Alejandro Modarelli, el carácter productivo de la nostalgia (convierte un afecto negativo en positivo, como señalaba Losiggio) y muestra las distintas temporalidades involucradas al experimentar y vivir la homosexualidad en Argentina.

La última sección, *Las emociones y los afectos en la escena contemporánea*, reúne un conjunto de textos bien diferentes entre sí. Ana Abramowski analiza un proyecto de ley de educación emocional que tiene por finalidad establecer la asignatura “educación emocional”. La autora se pregunta, entonces, por la necesidad de legislar las emociones y plantea, asimismo, que dicho proyecto de ley sería una versión

aggiornada de una educación moral. Si bien la autora no lo presenta en esos términos, cabría preguntarnos por el carácter civilizatorio de esos procesos sociales, por lo que implica la implementación de una ley, sus formulaciones, los supuestos “pedagógicos” sobre los que se funda y por lo que se propone: controlar las emociones, las pasiones, los afectos, desarrollar una “voz interior” o una autorregulación que permita que las personas sepan o aprendan a comportarse adecuadamente según las situaciones. Más que por legislar, la autora se pregunta de qué son capaces los afectos, qué movilizan o bien qué pueden transformar.

María Aleu, por su parte, analiza programas educativos fomentados por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires que funcionan en ámbitos no formales y que tienen por finalidad acompañar y sostener las trayectorias de los adolescentes y jóvenes en su escolaridad. Sus indagaciones partieron del análisis de los sentidos que adopta el “respeto” y el “reconocimiento” y los valores asociados a ellos. La autora toma como referencia a Norbert Elias para aludir a las interdependencias que los sujetos establecen entre sí como miembros de la sociedad y adentra en las tramas ambiguas y complejas de las interrelaciones sociales señalando la autorregulación y el autocontrol reflexivo. La autora se vale de la etimología de la palabra respeto (*re-spectus*), es decir, ese “mirar a” “nuevamente”, que expresa el reconocimiento del otro. En el contexto de los clubes de jóvenes que analiza, estas nociones se manifiestan también en

la idea de horizontalidad, aunque exista la jerarquía (entre profesores y estudiantes). Las maneras en que los profesores y estudiantes se distancian de las jerarquías se sustentan en el “buen trato”, para lo que se adquieren disposiciones atribuidas al “tacto”, lo que implica saber lidiar con las diversas situaciones que el propio vivir en sociedad conlleva.

Finalmente, el artículo de Nicolás Viotti examina el llanto en grupos de espiritualidad, tanto del estilo Nueva Era como las corrientes renovadas y efusivas del catolicismo. El autor busca “reflexionar sobre las afinidades entre sacralidad y emocionalidad como objetos de análisis complejos y lo que un enfoque relacional sobre religiosidad tiene para decir sobre el campo del estudio de los afectos en el análisis de la religiosidad” (p. 288). Su trabajo, además de discutir con diversos autores la religiosidad, se enriquece con una densidad etnográfica que le permite articular y reformular la producción de afectos asocia-

dos a las creencias y a una trama situada de relaciones entre lo anímico, lo corporal y lo sagrado. Su trabajo muestra los regímenes de producción de los afectos como proceso relacional y situado que incorpora las teorías nativas sobre las causas del llanto. Esto a su vez le permite mostrar la diversidad interna de lo religioso.

Los sentimientos, las emociones, los afectos, desde los diversos artículos muestran el trabajo social y cultural de su producción y sus condiciones sociohistóricas de emergencia. En tal sentido, no resultan innatos, sino que muestran el carácter político de su constitución. A su vez ponen en evidencia las contradicciones a las que estamos sujetas las personas, los conflictos que esto genera y cómo ello interviene en las interrelaciones, las sociabilidades que se tornan plausibles de construir, de sostener o, bien, al producirse un cambio, deteriorarse.

LAURA NAVALLO

Universidad Nacional de Salta